

Memorias póstumas de Brás Cubas

Memorias póstumas de Brás Cubas

JOAQUIM MARIA MACHADO DE ASSIS

ILUSTRACIONES DE MARIANA RIO

TRADUCCIÓN DE ELENA LOSADA



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Memórias Póstumas de Brás Cubas

Primera edición: 2017

Ilustraciones
© MARIANA RIO

Traducción
© ELENA LOSADA

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2017
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
Calle Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

Impresión
COFÁS

ISBN: 978-84-16677-59-7
Depósito legal: M-24888-2017

Impreso en España

ÍNDICE

Al lector	17
I. Óbito del autor	21
II. El emplasto	23
III. Genealogía	25
IV. La idea fija	27
V. Donde asoma la nariz una señora	29
VI. <i>Chimène, qui l'eût dit? Rodrigue, qui l'eût cru?</i>	31
VII. El delirio	35
VIII. Razón contra delirio	41
IX. Transición	45
X. Aquel día	47
XI. El niño es el padre del hombre	49
XII. Un episodio de 1814	53
XIII. Un salto	61
XIV. El primer beso	63
XV. Marcela	65
XVI. Una reflexión inmoral	69
XVII. Del trapecio y otras cosas	73
XVIII. La visión del corredor	77
XIX. A bordo	81
XX. Me licencio	85
XXI. El arriero	89
XXII. Regreso a Río de Janeiro	91

XXIII. Triste, pero breve	93
XXIV. Breve, pero alegre	95
XXV. En Tijuca	97
XXVI. El autor duda	103
XXVII. ¿Virgília?	107
XXVIII. Siempre que...	111
XXIX. La visita	113
XXX. La flor del jardín	115
XXXI. La mariposa negra	117
XXXII. Coja de nacimiento	119
XXXIII. Bienaventurados los que no se van	121
XXXIV. A un alma sensible	123
XXXV. El camino de damasco	127
XXXVI. Sobre botas	129
XXXVII. ¡Por fin!	131
XXXVIII. La cuarta edición	133
XXXIX. El vecino	135
XL. En el coche	137
XLI. La alucinación	139
XLII. Que escapó a Aristóteles	141
XLIII. Marquesa, porque yo seré marqués	143
XLIV. ¡Un cubas!	145
XLV. Notas	147
XLVI. La herencia	149
XLVII. El recluso	153
XLVIII. Un primo de virgília	157
XLIX. La punta de la nariz	159

L. Virgílica casada	161
LI. ¡Es mía!	163
LII. El paquete misterioso	165
LIII.	167
LIV. El péndulo	169
LV. El viejo diálogo de Adán y Eva	171
LVI. El momento oportuno	173
LVII. Destino	177
LVIII. Confidencia	179
LIX. Un encuentro	181
LX. El abrazo	185
LXI. Un proyecto	189
LXII. La almohada	191
LXIII. ¡Huyamos!	193
LXIV. La transacción	197
LXV. Centinelas y espías	199
LXVI. Las piernas	201
LXVII. La casita	205
LXVIII. El látigo	207
LXIX. Una pizca de locura	209
LXX. Doña Plácida	211
LXXI. Un reparo al libro	213
LXXII. El bibliómano	215
LXXIII. El <i>luncheon</i>	217
LXXIV. Historia de doña plácida	219
LXXV. Para mis adentros	221
LXXVI. El abono	223

LXXVII. Entrevista	225
LXXVIII. La presidencia	227
LXXIX. Compromiso	229
LXXX. De secretario	231
LXXXI. La reconciliación	233
LXXXII. Una cuestión de botánica	235
LXXXIII. 13	237
LXXXIV. El conflicto	239
LXXXV. La cima de la montaña	241
LXXXVI. El misterio	245
LXXXVII. Geología	247
LXXXVIII. El enfermo	249
LXXXIX. <i>In extremis</i>	251
XC. El viejo coloquio de Adán y Caín	253
XCI. Una carta extraordinaria	255
XCII. Un hombre extraordinario	257
XCIII. La cena	259
XCIV. La causa secreta	261
XCV. Flores de antaño	263
XCVI. La carta anónima	267
XCVII. Entre la boca y la frente	269
XCVIII. Suprimido	271
XCIX. En la platea	273
C. El caso probable	275
CI. La revolución dalmata	277
CII. De descanso	279
CIII. Distracción	281

CIV. ¡Era él!	285
CV. Equivalencia de las ventanas	287
CVI. Juego peligroso	289
CVII. Nota	291
CVIII. Que no se entiende	293
CIX. El filósofo	295
CX. 31	297
CXI. El muro	299
CXII. La opinión	301
CXIII. La soldadura	303
CXIV. Fin de un diálogo	305
CXV. El almuerzo	309
CXVI. Filosofía de las viejas cartas	311
CXVII. El humanitismo	313
CXVIII. La tercera fuerza	317
CXIX. Paréntesis	321
CXX. <i>Compelle intrare</i>	323
CXXI. Ladera abajo	325
CXXII. Una intención muy loable	327
CXXIII. El verdadero cotrim	329
CXXIV. A modo de intermedio	331
CXXV. Epitafio	333
CXXVI. Desconsuelo	337
CXXVII. Formalidad	339
CXXVIII. En la Cámara	341
CXXIX. Sin remordimientos	343
CXXX. Para intercalar en el capítulo cxxix	345

CXXXI. De una calumnia	347
CXXXII. Que no es serio	349
CXXXIII. El principio de Helvétius	351
CXXXIV. Cincuenta años	353
CXXXV. <i>Oblivion</i>	355
CXXXVI. Inutilidad	357
CXXXVII. El chacó	359
CXXXVIII. A un crítico	361
CXXXIX. De cómo no fui ministro de estado	363
CXL. Que explica el anterior	365
CXLI. Los perros	367
CXLII. La petición secreta	369
CXLIII. No voy	371
CXLIV. Utilidad relativa	373
CXLV. Simple repetición	375
CXLVI. El ideario	377
CXLVII. El desatino	379
CXLVIII. El problema irresoluble	381
CXLIX. Teoría del favor	383
CL. Rotación y traslación	385
CLI. Filosofía de los epitafios	387
CLII. La moneda de Vespasiano	389
CLIII. El alienista	391
CLIV. Los navíos del pireo	393
CLV. Reflexión cordial	395
CLVI. Orgullo de la servidumbre	397
CLVII. Fase brillante	399

CLVIII. Dos encuentros	401
CLIX. La semidemencia	403
CLX. De las negativas	405

AL PRIMER GUSANO
QUE
ROYÓ LAS FRÍAS CARNES
DE MI CADÁVER
LE DEDICO
CON NOSTÁLGICO RECUERDO
ESTAS
MEMORIAS PÓSTUMAS

AL LECTOR

Que Stendhal confesase haber escrito uno de sus libros para cien lectores admira y consterna. Lo que no admira, ni probablemente consternará, es que este libro no tenga ni los cien lectores de Stendhal, ni cincuenta, ni veinte, sino diez como máximo. ¿Diez? Tal vez cinco. Se trata en realidad de una obra difusa, en la cual, yo, Brás Cubas, aunque he adoptado la forma libre de un Sterne, o de un Xavier de Maistre, quizá he incluido algunos trazos de impertinente pesimismo. Puede ser. Es la obra de un difunto. La escribí con la pluma del humor y con la tinta de la melancolía, y no es difícil prever lo que saldrá de esta unión. Por otra parte, la gente seria encontrará en el libro la apariencia de una simple novela, mientras que la gente frívola no encontrará en él una novela al uso, así que la obra se verá privada de la estima de los serios y del amor de los frívolos, que son las dos máximas columnas de la opinión.

Pero yo todavía espero alcanzar las simpatías de la opinión, y la primera medida es huir de un prólogo explícito y largo. El mejor prólogo es el que contiene menos cosas, o el que las dice de la manera más oscura y truncada. Por lo tanto, evito contar el proceso extraordinario empleado en la composición de estas *Memorias*, trabajadas en el otro mundo. Sería curioso, pero trivialmente extenso, y además innecesario para la comprensión de la obra. La obra en sí misma lo es todo; si le gusta, distinguido lector, me doy por bien pagado; si no le gusta, se lo pago con un coscorrón, y adiós.

BRÁS CUBAS





I. ÓBITO DEL AUTOR

Alguna duda tuve acerca de si debía abrir estas memorias por el principio o por el final, es decir, si poner en primer lugar mi nacimiento o mi muerte. Aunque lo común es empezar por el nacimiento, dos consideraciones me llevaron a adoptar un método diferente: la primera es que yo no soy exactamente un autor difunto sino un difunto autor, para quien el sepulcro fue otra cuna; la segunda es que el escrito quedaría así más gracioso y original. Moisés, que también contó su muerte, no la puso en el exordio sino en la conclusión: una diferencia radical entre este libro y el Pentateuco.

Dicho esto, expiré a las dos de la tarde de un viernes del mes de agosto de 1869, en mi hermosa quinta de Catumbi.* Tenía unos sesenta y cuatro años, vigorosos y prósperos, era soltero, tenía cerca de trescientos mil reales y me acompañaron al cementerio once amigos. ¡Once amigos! Verdad es que no hubo cartas ni esquelas. Hay que añadir que chispeaba, caía una llovizna menuda, triste y constante, tan constante y tan triste que llevó a uno de aquellos fieles de última hora a intercalar esta ingeniosa idea en el discurso que pronunció junto a mi tumba: «Vosotros, que lo conocisteis, señores míos, podréis decir conmigo que la naturaleza parece estar llorando la irreparable pérdida de uno de los más bellos personajes que han honrado a la humanidad. Este aire sombrío, estas gotas del cielo, aquellas nubes oscuras que cubren el azul como un velo fúnebre, no son sino el dolor brutal y malo que roe las más íntimas entrañas de la naturaleza; una sublime alabanza a nuestro ilustre difunto».

¡Buen y fiel amigo! No, no me arrepiento de los veinte bonos del Estado que le dejé. Y así fue como llegué a la conclusión de mis días, así fue como me dirigí al *undiscovered country* de Hamlet, sin las angustias

* En la época era una localidad cercana a Río de Janeiro. En la actualidad es uno de sus barrios. [N. de la T.]

ni las dudas del joven príncipe, sino lento y pesado, como quien se retira tarde del espectáculo. Tarde y aburrido. Me vieron partir unas nueve o diez personas, entre ellas tres señoras: mi hermana Sabina, casada con Cotrim; su hija —un lirio del valle—, y... ¡un poco de paciencia!, dentro de poco sabrá el lector quién era la tercera señora. Que por el momento se contente con saber que esa mujer anónima, aunque no era pariente mía, sufrió más que las que sí lo eran. Es cierto, sufrió más. No digo que se mesase los cabellos, no digo que se arrastrase por el suelo entre convulsiones. Mi óbito tampoco era una cosa tan dramática... La muerte de un solterón que expira a los sesenta y cuatro años no parece reunir todos los elementos de una tragedia. Y, aunque lo fuera, lo que menos convenía a esa señora anónima era aparentarlo. De pie, a la cabecera de mi cama, con los ojos atónitos y la boca entreabierta, la triste señora apenas podía creerse mi extinción.

—¡Muerto ¡Muerto! —decía para sí.

Y su imaginación, como las cigüeñas que un ilustre viajero vio levantar el vuelo desde el Iliso hacia las riberas africanas, a pesar de las ruinas y de los tiempos, la imaginación de la señora también voló por encima de los estragos presentes hacia las riberas de un África juvenil... Déjenla ir; allá iremos más tarde; allá iremos cuando vuelva a mis primeros años. Ahora, ahora quiero morir tranquilamente, metódicamente, oyendo los sollozos de las damas, los murmullos de los hombres, la lluvia que tamborilea en las hojas de aro de la quinta, y el sonido estridente de la navaja que un afilador está amolando fuera, a la puerta de un talabartero. Les juro que esa orquesta de la muerte fue mucho menos triste de lo que pudiera parecer. A partir de un cierto momento llegó a ser deliciosa. La vida se agitaba en mi pecho con el ímpetu de una ola, se me desvanecía la conciencia, descendía a la inmovilidad física y moral, y el cuerpo se me volvía planta y piedra, lodo y nada.

Morí de una neumonía, pero si digo que la causa de mi muerte fue menos la neumonía que una idea grandiosa y útil es posible que el lector no me crea, y sin embargo es cierto. Voy a exponer sumariamente el caso. Juzguen ustedes mismos.

II. EL EMPLASTO

Efectivamente, un día por la mañana, de paseo por la quinta, se me colgó una idea en el trapecio que yo tenía en el cerebro. Una vez colgada, empezó a bracear, a patalear, a hacer las más audaces cabriolas de volatín que puedan ustedes imaginar. Yo me dediqué a contemplarla. De repente, dio un gran salto, extendió los brazos y las piernas hasta formar una x: descíframe o te devoro.

Esa idea era nada más y nada menos que la invención de un medicamento sublime, un emplasto antihipocondríaco, destinado a aliviar a nuestra melancólica humanidad. En la solicitud de licencia que redacté entonces, llamé la atención del Gobierno hacia ese resultado, verdaderamente cristiano. Sin embargo, no negué a los amigos las ventajas pecuniarias que resultarían de la distribución de un producto de tamaños y tan profundos efectos. Ahora, no obstante, que estoy al otro lado de la vida, puedo confesarlo todo: lo que más me influyó fue el placer de ver impresas en los periódicos, escaparates, folletos, esquinas y, finalmente, en las cajitas del medicamento, estas tres palabras: *Emplasto Brás Cubas*. ¿Para qué negarlo? Yo tenía pasión por el ruido, la fama, los fuegos de artificio. Tal vez los modestos me reprochen este defecto; confío, sin embargo, en que ese talento me lo reconozcan los hábiles. Así pues, mi idea tenía dos caras, como las medallas: una vuelta hacia el público, otra hacia mí. Por un lado, filantropía y lucro; por el otro, la mencionada pasión. Digamos: sed de gloria.

Un tío mío, canónigo de prebenda completa, solía decir que la sed de gloria temporal era la perdición de las almas, que sólo deben ambicionar la gloria eterna. A lo que replicaba otro tío mío, oficial de uno de los antiguos tercios de infantería, que la sed de gloria era en realidad lo más humano que hay en el hombre, y, por lo tanto, su rasgo más genuino.

Decida el lector entre el militar y el canónigo; yo vuelvo al emplasto.









